

cribo para invitar al lector a que lea, con segura garantía, el último trabajo literario de Arciniegas:

Las esposas reciben en la noche el tibio esperma de los maridos borrachos, luego ronquidos hasta la herida del alba. Se lavan con sueño el sudor de los senos fatigados, se hurgan con asco, con descuido. Les duele la oscura matriz mientras limpian el piso arrodilladas, mientras recogen la porcelana rota, las camisas sucias, el polvo, y el insecto de la desdicha las carcome sin ruido. En el tedio o la siesta se consumen, las revistas monótonas, la radio en el buzón sentimental, el noticiero de las siete, el hueco que dejan los años. A las once piensan en los cuchillos. En la puerta alguien con torpeza golpea.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

Historias extraordinarias que ocurren a jóvenes con vidas ordinarias

Esta ciudad que no me quiere
(Relatos de jóvenes de Bogotá)

Marta Ruiz

Fescol, Cerec, Bogotá, 2002, 233 págs.

Fue Gustave Flaubert quien introdujo la idea de hacer epopeyas con asuntos cotidianos, de convertir en héroes a las personas comunes y corrientes. Aquello era todo un reto, porque se trataba de tomar como materia los problemas triviales y convertirlos en obras maestras, entiéndase no desaliñadas ni subjetivas, a despecho de lo que hicieran los románticos, por ejemplo, mediante el uso y abuso del color local. Se ponía a prueba, entonces y ante todo, el talento del escritor, porque a primera vista tal vez sea

relativamente más fácil hacer una obra literaria a partir de un ser extraordinario, sea éste inspirado en la realidad o fruto de la más libre imaginación.

De aquella idea surgió *Madame Bovary*, obra basada en la verdadera y común historia de una adúltera provinciana y acaso sólo comparable, en sus logros formales, con la *Comedia* de Dante.



La lección de Flaubert fue aprendida por los escritores que le sucedieron, quienes desde entonces empezaron a buscar sus historias en las noticias de prensa, a documentarse a fondo para manejar la objetividad en sus textos con la misma rigurosidad de un científico y a trabajar el lenguaje de éstos con la laboriosidad de los joyeros.

La evolución de esta tendencia pasa, a grandes saltos, por el naturalismo de Zola, los exponentes del realismo terrígeno y social en América Latina y alcanza su apoteosis moderna con la novela *A sangre fría* del estadounidense Truman Capote, precedente, éste, del llamado *faction*, mezcla de literatura con periodismo, que llegó a cautivar incluso a autores de tendencias más bien imaginativas, como García Márquez en su *Crónica de una muerte anunciada*.

Sin embargo, esto no se ha detenido allí, y para la muestra el éxito de los llamados *show realities*, género telenovelístico en que asistimos directamente al milagro de la transformación de la realidad en ficción. De este último avatar del problema, someramente referenciado en los

párrafos anteriores, forma parte el libro materia de esta reseña. Marta Ruiz presenta, en efecto, a los lectores una versión escrita del *boom* televisual. Versión que, por el medio escogido para su transmisión y la indudable destreza de la autora, resulta muchísimo más sugestiva.

El ligamen del libro al género señalado está claramente manifiesto en el subtítulo y en la siguiente declaración *in limine*:

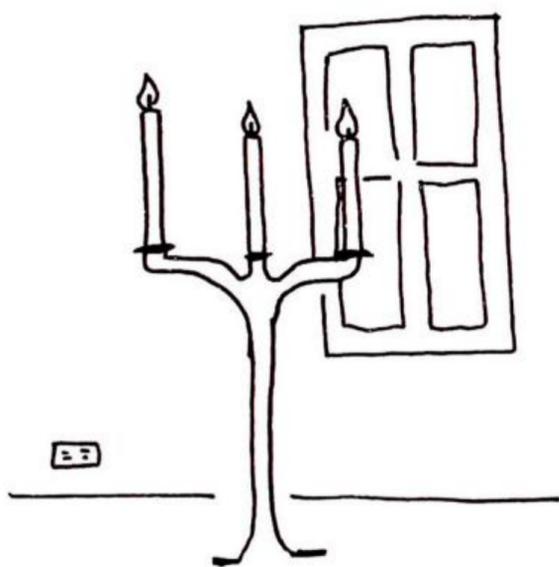
Estos relatos no sólo retratan vidas particulares, son historias extraordinarias que ocurren a jóvenes con vidas ordinarias, que caminan por los andenes del norte y del sur y cuyo rostro puede estar en la estación del Transmilenio, en cualquier centro comercial o esquina de Bogotá. [pág. 12]

Reitero: "Historias extraordinarias que ocurren a jóvenes [de Bogotá] con vidas ordinarias". La antítesis, sin embargo, puede también proponerse al revés: "Historias ordinarias que ocurren a jóvenes con vidas extraordinarias". Lo digo porque la materia de estos relatos (drogadicción, violencia, prostitución, sexo, fanatismo deportivo, miseria, narcotráfico, delito) hace rato dejó de ser extraordinaria merced a las reiteraciones del periodismo radial, audiovisual y escrito y, también, porque, a pesar de todos los esfuerzos de la autora por mostrar las historias como reales, su disposición, lenguaje y tratamiento temático las convierten en objeto literario: extraordinario y estético.

A través de un procedimiento opuesto, Borges llegó a una paradoja similar: a partir de historias fantásticas el autor argentino develó los mecanismos de la realidad, indicando así el carácter ficticio de ésta. ¿Qué es Tlön, con su babel de teorías idealistas, sino la misma Tierra, creada por la capacidad racional inherente a la humanidad?, ¿qué es la lotería en Babilonia sino una alegoría de la fatal dependencia de los seres humanos al azar?

Sólo que en este caso no hay alegoría alguna. Enfáticos y directos, los relatos de Marta Ruiz, contados

por sus propios protagonistas, en su gran mayoría abocados a vivir prácticamente sin ilusiones legítimas, carecen de simbolismo. Aunque a lo mejor en esto radique su trascendencia: en la negación de toda trascendencia. Es, sin más allá, la vida humana que torna a lo animal o, lo que es peor, a lo mineral, donde por exceso de todo lo prohibido (sexo, violencia, droga, miseria) se llega a la insensibilidad, como le ocurre a El Gale, que, de tanto pegante consumido, llega un día al extremo límite de no poder trabarse.



Aunque no es, precisamente, el de El Gale, último de los nueve relatos que conforman esta obra, el más preciso modelo de la degradación humana. Este mérito —¿será mejor decir demérito?— se lo lleva el designado con el muy ilustrativo título de *La vida es una hoya*. Su protagonista: un anónimo ladrón de la famosa calle bogotana de El Cartucho, cuya vida en verdad resulta terriblemente conmovedora. Él es una especie de Lazarillo sin remisión, cuya única y tirana ama resulta ser la poderosa doña Money, que “no da espera” (pág. 165).

Nunca imaginadas por los más osados e iconoclastas autores literarios (Poe, Kafka, Dante, Borges, García Márquez, por ejemplo), estas historias, escritas con cuidado estético, a pesar de la intención de no parecerlo por el uso del lenguaje coloquial bastante bien logrado en el registro lingüístico de los variados personajes, desbordan los límites de la más cruda realidad. Y resulta, en

verdad, inaudito que junto a las vidas más anodinas que transcurren entre el centro, las universidades, colegios, tabernas y barrios de todos los estratos sociales de nuestra capital, ocurran tantas situaciones —discúlpeme la autora por la carga moralista del término, que ella evitó a toda costa, mas quizá no hay otro— *abyectas*. Tal vez, sin embargo, este calificativo sea el más apropiado para hacerle eco al subtítulo de la obra, que insiste en su realidad verdadera: en que esto no es un juego: en que la materia de estos relatos no es ese *reste* al que Verlaine llamó literatura.

Por lo demás, respeto la posición de la autora precisada al comienzo del libro, en el que, haciendo la salvedad de que sus textos no son retratos de los jóvenes bogotanos actuales, pero que sin embargo los expresan en sus esencialidades, propone importantes ideas acerca de la generación que en pocos años llevará el país a cuestras. Ella afirma que se trata de una juventud que crea nuevos lenguajes, aunque no tenga ideales políticos ni sociales; que se droga, no por adicción ni por debilidad, sino como una forma de romper con la cotidianidad y de socializarse; que ha roto tabúes como el ligamen entre el sexo y el amor (págs. 13-14). Pero, me pregunto, por ejemplo, si es más esperanzador este presente en el que las cuitas de los jóvenes no involucran en modo alguno aquella imposibilidad de comunión física y espiritual con su comprometida amada, que llevó al suicidio —ficticiamente, desde luego, qué se le va a hacer— hace doscientos cuarenta años a un joven llamado Werther.

A pesar del optimismo que Marta Ruiz manifiesta al comienzo de su libro en relación con el futuro de los jóvenes bogotanos, lo que se manifiesta en la estrategia narrativa de los textos —se trata de relatos con finales abiertos, con lo que tal vez se sugiere la posibilidad de una salida de la hoya—; no sé hasta qué punto se pueda afirmar que esta nueva generación sin ideales, forjada sobre las calles desoladamente atiborradas de la actual Babelgotá, acceda a la se-

gunda oportunidad sobre la tierra negada a los dos últimos enamorados y jóvenes habitantes de Macondo.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

Qué pobres son los ricos de este país, amigo Midas

Delirio

Laura Restrepo

Alfaguara, Bogotá, 2004, 342 págs.

Una niña bien y un profesor de literatura, dieciséis años de diferencia, y la desigual relación que se acrecienta y fortifica cuando la mujer, Agustina Londoño, es literalmente absorbida por la vorágine de su delirio y Aguilar, el profesor cesante que ahora vende comida para perros, indaga en su pasado, en su incomprensible presente.

Se fue Aguilar a pasar tres días de vacaciones con sus dos hijos del primer matrimonio, y a su regreso su mujer ha desaparecido. La encontrará, finalmente, acucillada, muda, en un rincón de una habitación, en un hotel del norte de Bogotá. La dejó (aparentemente) feliz, pintando de verde su apartamento, y ahora la recobrará desquiciada. ¿Qué ha pasado?

¿Es un individual caso clínico o será —como lo insinuaba la autora en el diálogo público que sostuvimos el 20 de mayo de 2004 en el Club El Nogal, precisamente el restaurado club donde murieron 36 personas el 7 de febrero de 2003, por un carro bomba puesto por las Farc—, que todos los colombianos estamos un poco locos ante las circunstancias que nos hieren y afectan?

La indagación, entre detectivesca y psicoanalista, en las raíces que determinaron esta crisis, se halla sostenida en varias voces que entrecruzadas sostienen el recuento y cuyo